



Allí te encontré, Señor

Horeb

Grupos Maristas de Encuentro

A Dios le importa mi vida

El Dios-Abbá de Jesús también es el Dios de la Alianza. La historia bíblica nos muestra que a Dios le importa mi vida, se «casa» conmigo, pero también con el destino último de la humanidad.

Caminando por tierra sagrada

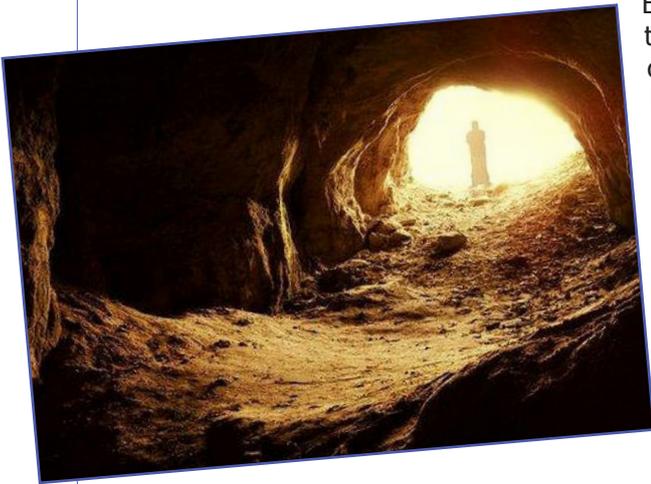
Hay que comenzar aclarando que Horeb es una de las diversas formas de llamar al monte Sinaí. A lo largo de todo el Pentateuco, este monte se convirtió en el espacio sagrado por excelencia del Pueblo de Israel. Allí es donde se revela Dios, cara a cara, por primera vez a Moisés. La petición de Dios, «descálzate, estás pisando tierra sagrada», es bastante elocuente de su importancia (Ex 3, 5-6). Es más, en la actualidad el monte, de 2.285 m de altitud, también tiene el nombre de *Gabal Musa* en el dialecto árabe de la región, es decir, «la montaña de Moisés».

Horeb es sinónimo de Alianza y de Ley. Allí se presenta como el Dios de sus antepasados y al exigirle Moisés un nombre, responde con una frase que nos puede resultar enigmática: «Yo soy el que soy». No hay nombre porque no se puede encasillar a Dios. Éste se muestra en sus obras. Dios se mostró a los patriarcas y se mostrará al Pueblo de Israel liberándolos. Los destinos del Pueblo de Israel se sellan entonces. Después de escapar de la esclavitud, en el mismo monte Horeb firmará un pacto con Israel: «Yo seré tu Dios, tú serás mi pueblo». Para ello se necesita construir una sociedad justa y en libertad. La Alianza no es un pacto en abstracto, se concreta en una forma de vivir, que será el Decálogo, los «Diez mandamientos», como los mínimos éticos básicos para vivir en armonía unos con otros. En definitiva, en el monte Horeb, Dios se compromete con el pueblo y con cada uno de nosotros.



Provincia Ibérica

Una historia de sabiduría cristiana...



Elías es uno de los profetas del Antiguo Testamento más populares y queridos por parte del Pueblo de Israel. Como muestra, aún hoy los judíos al celebrar la cena de Pascua reservan una copa de vino para este profeta y el más joven de los presentes, antes de acabar, sale a la calle para saber si ha vuelto, ya que después del Exilio babilónico se pensaba que era el encargado de regresar en los últimos días.

Quizá el momento más conocido de la vida de Elías lo encontramos en su huida después enfrentarse con los profetas de Baal. La reina Jezabel lo quiere muerto. De esta forma, Elías solamente puede escapar por

el desierto. El horizonte es oscuro y el miedo le atenaza. En un momento dado, Elías se detiene en medio de la nada y prefiere morir a continuar vagando hacia la nada. Al final, encontrará un extraño alimento que le permitirá sobrevivir cuarenta días y cuarenta noches. Y habrá que recordar que en la Biblia el número 40 tiene un profundo simbolismo ligado a la prueba. Su camino le lleva al Horeb, el monte de Dios. Allí se resguardará para pasar la noche.

Sin embargo, los planes de Dios no son esos. Una voz le indica que debe salir y quedarse de pie en la montaña: «¡El Señor va a pasar!» El relato presenta tres grandes eventos naturales que se suceden con fuerza: el viento, un terremoto y el fuego. Cualquiera podría pensar que Dios ha pasado con ellos. Pero no es así. Dios no se encuentra ni en el viento, ni en el terremoto, ni en el fuego. Y entonces sucede que al fuego le sigue un ligero susurro. Elías, al oírlo, se cubrió el rostro con su manto y, saliendo afuera, se quedó de pie a la entrada de la gruta. El texto bíblico no expresa en ningún momento que Dios esté en ese frágil susurro. Pero se ha querido ver en él la **ruah**, el *Espíritu*. El texto no trata de demostrar, sino de evocar. Y Elías reconoce la presencia divina en ese ligero susurro. El Dios que se hace presente no es como los del entorno, que se hubiera presentado en el terremoto o en el fuego. Al contrario, se hace presente en lo más imperceptible. Como sabemos, sopla donde y cuando quiere.

... para nuestra vida

Caminar por las lomas del monte Horeb, ya sea junto a Moisés o a Elías, nos descubre a un Dios que sale a nuestro encuentro, ya sea en una zarza ardiendo o en el leve susurro de la brisa:

- Una de las frases más conocidas de san Irineo de Lyon es aquella que asegura que «*la gloria de Dios es que el hombre viva y la vida del hombre pasa por ver a Dios*». No nos quiere decir que tenemos que ver con nuestros ojos, sino que nos invita a participar de la misma vida de Dios. Y para conseguirlo Dios se ha encarnado entre nosotros.
- Otro Padre de la Iglesia, san Gregorio de Nisa, recordaba que seguir a alguien era verle por detrás. Y añade que Moisés, «*que deseaba ardientemente ver el rostro de Dios*», aprendió a ver a Dios. ¿Cómo se puede hacer esto? Siguiendo a Dios a dondequiera que Él nos quiera conducir.





- En muchos momentos de nuestra vida somos como Elías. A Dios le importa Elías. Y se quiere encontrar con él. Lo hace en un momento de extrema debilidad. En momentos de fragilidad y en un ligero susurro se remarca la fortaleza de Dios que abraza a Elías para que viva. Ese encuentro con Elías es también un encuentro con nosotros, que como Elías también hacemos nuestro camino. Como Elías caminamos, sufrimos, discernimos, oramos y nos encontramos con Dios.
- Las experiencias en el monte de Horeb no se pueden comprender sin la **ruah**, el *Espíritu*, esa presencia de Dios en el femenino bíblico, que nos invita a conocer a un Dios que es imprevisible e irresistible. Es el aliento divino que nos hace movernos y que nos invita a salir de nosotros mismos. Mirar al espejo de Elías o Moisés también nos ayuda a descubrir lo que Dios quiere de nosotros, cómo nos convoca y a qué estamos llamados.

Dinámica para la reflexión

- El monte Horeb remite a viaje o movimiento. Por esta razón, os proponemos que esta reunión, después de reflexionar sobre los puntos anteriores, os pongáis en contacto más directo con la Palabra de Dios escuchando e interiorizando una o las dos lecturas complementarias: a) la vocación de Moisés o b) el encuentro de Elías con Dios.
- Después de ello, y siempre que el espacio lo permita, podemos caminar por el entorno intentando responder a la siguiente pregunta: ¿cómo se ha presentado Dios en nuestra vida? Una zarza ardiendo, la suave brisa... ¿Qué imagen utilizarías tú?
- Tras unos minutos, podemos invitar a continuar este viaje en parejas para compartir nuestra meditación. Y terminar todos juntos compartiendo nuestras imágenes.



Lectura 1. 1 Re 19, 5-13

Elías se recostó y quedó dormido bajo la retama, pero un ángel lo tocó y dijo: «Levántate y come». Miró alrededor y a su cabecera había una torta cocida sobre piedras calientes y un jarro de agua. Comió, bebió y volvió a recostarse. El ángel del Señor volvió por segunda vez, lo tocó y de nuevo dijo: «Levántate y come, pues el camino que te queda es muy largo».

Elías se levantó, comió, bebió y, con la fuerza de aquella comida, caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta el Horeb, el monte de Dios.

Allí se introdujo en la cueva y pasó la noche. Le llegó la palabra del Señor preguntando: «¿Qué haces aquí, Elías?» Y él respondió: «Ardo en celo por el Señor, Dios del universo, porque los hijos de Israel han abandonado tu alianza, derribado tus altares y pasado a espada a tus profetas; quedo yo solo y buscan mi vida para arrebátarmela». Le dijo: «Sal y permanece de pie en el monte ante el Señor». Entonces pasó el Señor y hubo un huracán tan violento que hendía las montañas y quebraba las rocas ante el Señor, aunque en el huracán no estaba el Señor. Después del huracán, un terremoto, pero en el terremoto no estaba el Señor. Después del terremoto fuego, pero en el fuego tampoco estaba el Señor. Después del fuego el susurro de una brisa suave. Al oírlo Elías, cubrió su rostro con el manto, salió y se mantuvo en pie a la entrada de la cueva. Le llegó una voz que le dijo: «¿Qué haces aquí, Elías?»

Lectura 2. Ex 3, 1-6

Moisés pastoreaba el rebaño de su suegro Jetró, sacerdote de Madián. Llevó el rebaño trashumando por el desierto hasta llegar a Horeb, la montaña de Dios. El ángel del Señor se le apareció en una llamarada entre las zarzas. Moisés se fijó: la zarza ardía sin consu-

mirse. Moisés se dijo: «Voy a acercarme a mirar este espectáculo admirable, a ver por qué no se quema la zarza». Viendo el Señor que Moisés se acercaba a mirar, lo llamó desde la zarza: «Moisés, Moisés». Respondió él: «Aquí estoy». Dijo Dios: «No te acerques; quítate las sandalias de los pies, pues el sitio que pisas es terreno sagrado». Y añadió: «Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob». Moisés se tapó la cara, porque temía ver a Dios.

Momento de oración

Canción. *(Escuchamos la canción Ruah, de Ain Karem, que está llena de imágenes bíblicas y actuales que evocan la fuerza de Dios en la vida.)*

*RUAH, RUAH, aliento de Dios en nosotras
RUAH, RUAH, Espíritu de nuestro Dios.*

1. Espíritu de Dios en nosotras, derriba los muros antiguos, construye una nueva creación, levanta la ciudad de Dios.
2. No tiemblen tus huesos, Yo seré tu fuerza, haré fecundo lo estéril, los lisiados danzarán.
3. Tu fuerza sobreabundará en la humilde pequeñez, de la raíz de una flor al sabio corazón anciano.
4. Nuestros mayores verán visiones y los jóvenes tendrán sus sueños, las mujeres profetizarán y al frente irán los pequeños.
5. Sabiduría encarnada en Jesús, gracia que recrea de nuevo, fuego que prende en la historia, en el centro y en los márgenes.
6. La creación entera danza y entona un alegre canto, belleza de días eternos, alabanza de nuestro amante Dios.
7. Raíz del Tronco de Jesé, árbol con brazos tan fuertes, vida que crece muriendo y revelando la ternura de Dios.
8. Benditas mujeres fuertes como Rut, Sara y Esther, vincularon generaciones en Espíritu y en verdad.
9. Una llamada a las naciones: «mujeres levantáos, ponéos en pie, naced con nuevo poder. Los humildes poseerán la tierra».
10. Luchamos a una por la libertad, un mismo latido, canción del Espíritu. Hermanas en el gozo, en el dolor, antigua y fuerte es nuestra danza.



Oración compartida

(A Dios le importa nuestra vida. Por doquier tenemos signos de su presencia. Entre nosotros hay Espíritu y hay Gracia, aunque sea imprevisible. Agradecemos a Dios el vivir siempre en él. Pedimos por nuestras necesidades y las necesidades que anidan en nuestro corazón. Podemos cerrar este momento de oración compartida con un Padrenuestro.)

Oración final

Señor, que vea..., que vea tu rostro en cada esquina.
Que vea reír al desheredado, con risa alegre y renacida.
Que vea encenderse la ilusión en los ojos apagados de quien un día olvidó soñar y creer.
Que vea los brazos que, ocultos, pero infatigables, construyen milagros de amor, de paz, de futuro.
Que vea oportunidad y llamada donde a veces sólo hay bruma.
Que vea cómo la dignidad recuperada cierra los infiernos del mundo.
Que en otro vea a mi hermano, en el espejo, un apóstol y en mi interior te vislumbre.

